

Ingrid Antonijevic:

“¿Quién se va a querer casar con una monja?”

Ha tenido dos parejas, es madre de dos hijos, ha presidido empresas, heredado un gran patrimonio y sido la primera ministra de Economía en Chile, aunque sólo duró 6 meses. Desde 2011 es monja zen, pero sin abandonar el mundo, los negocios, la tecnología, los viajes. Hoy quisiera contribuir a mejorar el clima con las herramientas del espíritu.

Por Ximena Torres Cautivo

“No me tiño, porque interpreto que hacerlo es una forma de mentir. Y uno de mis votos como monja zen es no mentir”, explica Ingrid Antonijevic (63), con su pelo cortísimo y canoso, haciéndonos sentir, como diría Buddy Richard, “una profesional de la mentira”.

La economista, empresaria y fugaz ministra de Economía de Michelle Bachelet durante su primer gobierno, tiene la facultad de actuar como un espejo. Sin sonar mística ni densa, logra que uno se mire. Con su risa fuerte, su estatura (mide más de un metro 75) y sus ropas de lino sueltas, resulta franca, espontánea y cariñosa. Luego de darnos un abrazo, se sienta en una cafetería de Vitacura—cercana a Surya, el centro de yoga donde hace talleres de meditación—, estira un brazo, recoge un par de galletones de avena y pide dos aguas de manzanilla. Hecho el pedido, caemos en las ventajas de su recién adquirido Apple Watch.

“Es genial”, dice, mostrando el reloj pulsera que brilla en su muñeca. Lo compró en San Francisco, donde estuvo por negocios y para ver a su hijo menor, Felipe, y a sus nietos, que viven allá. “¿Crearás que me avisa cuando llevo mucho tiempo sin hacer actividad física? Si estoy en una reunión, me paro y camino. Pero no le digo a nadie que es porque el reloj me avisó”, dice, haciendo reír a la camarera. “Son juguetes de adultos”, le dice, enseñándole el chiche *tech* que la tiene fascinada.

Ingrid Antonijevic Hahn es la menor de las tres hijas de un matrimonio entre croata y alemana. Leandro, su papá, llegó a Antofagasta con sólo 10 años. El abuelo de Ingrid trajo a los dos hijos menores que no podía alimentar en Croacia a vivir con sus parientes en Sudamérica. La niña quedó a cargo de familiares en Punta Arenas y Leandro en Huara, donde un hermano de su abuela tenía un almacén. “Mi papá tuvo una vida dura. Aprendió español en Huara y al año siguiente lo mandaron a un internado de Antofagasta. Terminado el liceo, empezó a comerciar sal en Iquique”. En

1968, Leandro Antonijevic se asoció con la empresa porteña Salinas Punta de Lobos y formaron Súper Sal Lobos, que muchos años después sus hijas venderían en una gran cifra verde a José Yuraszeck. “Yo no diría que mi papá fue millonario; diría que generó recursos y muchos empleos. Que amó su actividad y su empresa”.

Su mamá, Ingeborg Hahn, de 91, ha sobrevivido a su marido más de 20 años y sigue siendo “una mujer estupenda, con unos dones sociales notables. Se sabe los apellidos de la gente, es informada. Conoce los restaurantes de moda, las buenas películas. Es regia, linda, simpática. Mi papá le celebraba mucho esos talentos, que yo no heredé”.

Las hijas nacieron en Iquique. “Pero mi papá nos trajo a Santiago porque no era partidario de la educación religiosa y quería un colegio mixto, laico y bilingüe”. Los Antonijevic se instalaron en Ñuñoa, cerca del Saint Gabriel’s School, que satisfizo las exigencias paternas.

—¿Eras buena alumna?

—Era una bandida, aunque buena alumna, sobre todo en matemáticas, gimnasia e inglés.

La reventó en la Prueba de Aptitud. “Ni yo creía que ese tremendo puntaje fuera mío”. Entró a Economía en la Universidad de Chile. “Supe de inmediato que no quería ser ingeniera comercial ni administradora de empresas, sino economista. Me enamoré de la macroeconomía en las clases de Carlos Massad. Fueron decisivas en mi vocación”.

Pronto Ingrid se puso a pololear con un estudiante de ingeniería civil, Alejandro Saint Jean, con quien se casó y tuvo dos hijos. Para el Golpe, tenía cinco meses de embarazo y 21 años cuando nació su hija Carola. Aunque su marido era socialista y ella simpatizante del Mapu, no tuvieron problemas después del 11 de septiembre. “Mi marido tenía una buena pega, además es hijo único y no podíamos dejar sola a mi suegra. Yo tenía a mi guagua y quería terminar mi carrera. No nos fuimos, pero nos quedamos muy solos”. Recuerda su primer trabajo: “Entré a Indugas como jefa de créditos y cobranzas de la venta de califonts”.

—Hoy eres una convencida partidaria del sistema de libre mercado.

—¿Quién no lo es hoy? Pese a todo lo que pueda criticarse, no hay nadie en el mundo que no crea que es el mejor sistema. Ni los chinos.

—¿Cómo interpretas los escándalos de colusión, financiamiento ilegal de campañas políticas y otros actos poco honestos del empresario?

—No los atribuyo al mercado; son responsabilidad de la gente. El problema es humano. Creo que es clave observar la propia codicia para aprender de uno mismo y controlarla.

Ingrid estuvo 12 años casada. Además



de Carolina, tuvo a Felipe. Y empezó su interés por la meditación. No era una práctica sistemática, pero sí de una necesidad creciente. Y se emparejó con Eduardo Tirroni Barrios, director de TV, cineasta, quien la convenció de que formara su propia empresa. “También duramos 12 años como pareja. ¿A qué se deberá esa cifra?”, se pregunta. “Aunque ahora soy monja y no tiene sentido dedicarse a un puro marido, cuando tu foco está en la sangha, la comunidad. Además, como dice Jikusan, mi amigo Patricio Goycolea, mi socio en Zendo, el espacio de meditación que tenemos en Tunquén: ¿Quién se va a querer casar con una monja”.

Receta india para recuperar las confianzas

Japón es su Meca. Allí está la cuna del budismo y de la meditación sentada, zazen, que practica. Ha ido más de 10 veces, varias por largos períodos. Mucho más de lo que ha estado en la tierra de sus ancestros. “Si Croacia quedara de paso a Japón, iría más seguido”, bromea y cuenta que planea ir en mayo con unos amigos.

En 1999, hizo su primer viaje. Entonces no tenía los recursos de hoy y la fortuna quiso que ProChile organizara un viaje de exportadores a Tokio, al que asistió en representación de Sal Lobos. Su padre había muerto cinco años antes y era la presidenta del directorio.

“Lo que vi en Japón era tan distinto. Acá se decía que la única manera de hacer desarrollo espiritual era abandonándolo todo, trabajo, negocios, familia, obligaciones materiales, y encerrándose en un monasterio. De hecho, yo iba camino al monasterio donde estaba viviendo el Pato Goycolea, pero me avisaron que no había nadie que hablara inglés para recibirme. Que andaban en la India peregrinando los caminos del Buda”. Quiso también el destino que se quedara en el dojo o lugar de meditación de Gudo Wafu Nishijima, quien se convertiría en su maestro. “Él fue nombrado monje a los 50 años, pero nunca dejó de ser consultor de empresas. Trabajó en eso hasta los 85. Cuando yo le hablé de dejar mis negocios, me dijo: ‘You? Go back to work’, mientras yo lloraba de emoción al saber que se podía conciliar ambos mundos”.

—¿Por qué no te entusiasmaba la vida monástica?

—Yo no puedo retirarme. Ni entonces ni ahora. Mi papá acababa de morir, tenía que cuidar de los bienes de mi mamá, de la empresa. Ahora tengo responsabilidades con mis hijos, con mi propia empresa. Me interesa precisar que el cultivo de una dimensión espiritual no es incompatible con la vida activa.

Su encuentro con Nishijima ha sido clave en su vida. Lo mismo que su amistad con “Luchín”, como llama al periodista y profesor de cultura china y japonesa Luis



“Me encantaría ofrecerle apoyo (a la Presidenta), pero se me ocurre que sería como molestarla. Es que está muy ocupada, la pobre”.

Díaz Broughton. Cuando él se fue a estudiar a Japón, ella heredó su cojín en una comunidad de meditación. Ahí ya estuvo definitivamente enriada en lo que hoy es su camino. Antes había partido, “estudiando un texto de Lanza del Vasto, que se llama ‘Umbral de la vida interior’. Allí él habla de la meditación como una práctica valiosa, pero no la enseña. Entonces me hice autodidacta. Aprendí siguiendo un libro de yoga, que enseñaba a meditar para equilibrar los chakras. Era sencillo, pero práctico y bueno para empezar”.

—¿Qué beneficios encuentras en la meditación?

—El zazen tiene efectos amplios. Centra tu atención en el presente, te estabiliza el ánimo, te aporta alegría, tolerancia a la incertidumbre y efectos positivos en la salud física, pero no me gusta tener una mirada tan utilitaria de la meditación.

Alumna de los talleres de liderazgo de Fernando Flores, cercana a Sergio Bitar, militante PPD, Ingrid llegó a la vida pública en el gobierno de Ricardo Lagos, cuando la invitaron a ser parte del directorio del BancoEstado. Luego se vio intensamente involucrada en la recaudación de fondos de la primera campaña presidencial de Michelle Bachelet. Cuando la candidata triunfó, Ingrid se convirtió en la primera chilena en ser ministra de Economía. “Fue un honor. Yo a ella no la conocía de antes. Es curioso que la gente crea que me puso allí porque éramos amigas, como si ése pueda haber sido el único motivo para nombrarme. A nadie se le ocurre decir eso sobre un hombre ministro, lo que a mí me despierta las alarmas”.

Aunque no es feminista, tiene mucha conciencia de género y cree que, como en todo, la clave está en el equilibrio. “Hombres y mujeres somos muy distintos y se requiere de ambos en los altos cargos de las empresas y en los organismos de poder. Me parece que hay un desequilibrio casi demencial, sobre todo en los directorios de las empresas, y me interesa empujar la situación hacia el centro”.

ADIN es su emprendimiento actual.

Un fondo de inversiones, donde trabajan ocho personas, 4 hombres y 4 mujeres, con un *portfolio* de empresas orientadas a la tecnología de la información. Ese trabajo ocupa parte importante de su jornada, pero no le impide meditar, a diferencia de cuando fue ministra. “Fueron seis meses tremendamente demandantes, más para alguien que no tenía experiencia en cargos públicos. Ahí aprendí que el sector público representa apenas el 25 por ciento del PGB del país, pero se le exige como si pesara el 50. Trabajar en el gobierno es hacerse cargo de los problemas de las personas. Es un desafío muy grande, más cuando todos están desde la vereda de enfrente criticando. La crítica sirve, pero el que mira el partido desde lejos, sin comprometerse y comenta descalificatoria-

El monasterio zen Su vecina, la Presidenta

Hace 5 años, en Tunquén, Ingrid y Patricio Goycolea crearon Zendo, un centro que funciona como un monasterio zen y está abierto a cualquiera que quiera aprender a meditar. “Tunquén es grande. Tiene como 4 barrios, y yo no conozco la casa de la Presidenta. Sé que está pegada al estero, pero nunca he estado allí. Yo estoy en el barrio de más al norte, donde no hay luz ni agua. Somos una comunidad ecológica, con energía solar y agua de pozo. El Zendo es un lugar muy rico, donde se hace vida en comunidad. Cocinamos juntos, meditamos, bajamos a la playa a limpiarla”.

—¿Nunca has invitado a la Presidenta al Zendo? Quizás le ayudaría meditar.

—Me encantaría ofrecerle apoyo en eso, pero se me ocurre que sería como molestarla. Es que está muy ocupada, la pobre.

—Por lo mismo.

—Después, quizás cuando termine su mandato. Creo que le serviría y lo pasaría bien.

mente todo, provoca un estado de ánimo muy nocivo, que no nos merecemos. Chile está mucho mejor que su estado de ánimo”.

—¿Cómo revertir ese mal clima?

—El primer ministro de India hizo algo genial: puso a todos a hacer yoga en la calle y los dirigió él. O sea, tomó algo tan básico y propio de su cultura, como el yoga, y lo usó para reconstruir las confianzas.

Hoy Ingrid lleva una vida ideal. Desde 2011, cuando tomó los votos en Tokio y se convirtió en monja del linaje del maestro Nijiyima. “Eso me permite formar discípulos. Mis votos me comprometen a enseñarle a meditar a quien me lo pida. No ando predicando. Tampoco usufructúo de esto. No es un negocio”.

—¿Cuáles fueron los otros grandes cambios en tu vida?

—Formé una sangha o comunidad que se llama Maytreya, cuya base conceptual son las enseñanzas del Buda. Y los cambios más importantes han sido equilibrar mi agenda para dedicar tiempo a la sangha, ir a Tunquén a meditar y atender a las personas que requieren de mí. Y usar el pelo corto y sin tintura, que es un símbolo de saber llevar la edad con dignidad y alegría. De no mentir.